

Cartas de la palabra y el tiempo



SI HA HABIDO en este siglo algún escritor gallego conectado y comprometido con su tiempo, ese escritor ha sido, sin duda alguna, Rafael Dieste (Rianxo 1899- Santiago de Compostela 1981) Narrador, poeta, dramaturgo, periodista, matemático, filósofo, profesor, crítico de arte. Escritor en la República, en el exilio y en el regreso. Fue todo eso pero simplemente bastarían dos libros para colocarlo en el lugar de los imprescindibles, tanto en lengua gallega (*Dos arquivos do trasno*), como en lengua castellana (*Historias e invenciones de Félix Muriel*).

Ambos títulos están, con todo derecho, entre los mejores libros de cuentos escritos en España en el siglo XX. A pesar de ello, Dieste pasó por el siglo, como ha dicho Xosé Luis Axeitos, casi de puntillas, en silencio, con la humildad de los sabios. Pero sus cuentos no son escritura fría y erudita, hábil oficio más o menos ocurrente, sino simplemente vida. Dieste, humanista ante todo, llenaba sus textos de vida y es por ello que han pasado la prueba definitiva, la prueba del tiempo.

Rafael Dieste se comprometió con el tiempo que le tocó vivir pero no lo hizo de forma retórica y mimética sino vinculado a las gentes de su pueblo. Lo mismo cuando alboraba el galleguismo cultural, lejos de elitismos de mercachifle, que cuando recorrió Galicia entera y buena parte de España con las Misiones Pedagógicas, en tiempos de la República. O cuando en Valencia impulsó *Hora de España*, trinchera intelectual contra la barbarie, y la Alianza de Intelectuales Antifascistas, o cuando se trasladó a Barcelona para dirigir *Nova Galiza*, demostración de que su país natal, aunque transterrado, sabía resistir ante el silencio impuesto por los fusiles alzados en julio de 1936.

Pero también era compromiso con sus gentes, un compromiso heterodoxo frente a los pontífices del nacionalismo esencialista, divergencia que le alejaría de su paisano y amigo Manuel Antonio. Dieste no olvidaba el pasado (reivindicaba la tradición para ser progresista) pero no sólo miraba

al pasado. Coincidió con Risco en que Galicia tenía que ser pero para Dieste no servía la contemplación fatalista, la *saudade*, como señal de identidad gallegoportuguesa. Sabía que el futuro estaba ahí y que había que llegar antes que el tiempo, el implacable, nos empujara. Dieste oponía optimismo a los lamentos estériles, retóricos y místicos de los pesimistas nostálgicos.

Y supo retomar la esencia popular pero alejándose de cualquier tentación populista y de falso casticismo. En *Dos arquivos do trasno*, escrita tempranamente en 1926, nos aparece el retablo de las gentes gallegas, con sus ilusiones y sus pequeñas miserias. Pero no es un retrato sociológico —si acaso tribal— lo que hacía Dieste, sino poner al hombre normal (al emigrante, al niño, al marinero, al chico de pueblo) ante lo más trascendente, ante el misterio. Y éste es el eje de sus cuentos y de sus reflexiones, también en *Historias e invenciones de Félix Muriel*, aunque sin olvidar nunca el ingenio o el guiño a la ternura. El misterio como fin último, como salida y remedio al peligro que constituye la razón como juguete de filos acerados, que ha dicho Basilio Losada. Y Dieste, como filósofo y matemático, era plenamente consciente de este peligro.

Para un mayor conocimiento crítico de Rafael Dieste remito a las monografías publicadas por Anthropos (*Rafael Dieste, la creación como el puro amanecer constante de la palabra*, Barcelona, 1991) y por A Nosa Terra (*Rafael Dieste, Era un tempo de entusiasmo...*, Vigo, 1995). Pero hay otra vía para conocerle por dentro. A falta de unas memorias que nunca escribió (ha apuntado Basilio Losada que se evaporaron en tantas conversaciones como mantuvo y en multitud de conferencias generosamente pronunciadas), hemos de acudir a su epistolario. Y, afortunadamente, ahora podemos hacerlo. Hace unos meses apareció como quinto volumen de las *Obras Completas* que publica Edición do Castro. Esta espléndida recopilación sólo podía hacerse desde Galicia, pues desde fuera resultaba difícil —además del problema de lejanía de los fondos— por el silencio en que ha quedado Dieste.

La edición ha corrido a cargo de Xosé Luis Axeitos, uno de los críticos más cuidadosos que hay en Galicia. No es frecuente que las editoriales gallegas acometan la publicación de epistolarios, y cuando alguna vez lo han hecho, los resultados han dejado

bastante que desear. Sería el caso del tercer volumen de las obras del también rianxeiro Manuel Antonio —con cartas cruzadas con Dieste—, editado por el 'propietario' (valga decir que celosísimo) de los originales, Domingo García-Sabell (Vigo, Galaxia, 1979). Hay en esa edición flagrantes cambios de datación, ausencia absoluta de aparato crítico, falta de identificación de los corresponsales. Valga simplemente como dato de la poca fortuna del libro —en todo caso buena para los lectores interesados— que los ejemplares que circulan a la venta lo hacen descatalogados y a precio de saldo en los circuitos de ocasión. No es éste el caso de la edición de Axeitos. Ejemplar espléndidamente encuadernado, con los materiales bien ordenados y con unas anotaciones al margen que resuelven perfectamente las líneas maestras de la vida de Dieste.

A diferencia de los hombres de la revista *Nós* (los de la generación anterior a nuestro autor) que eran hombres de interior —de ciudad interior, marcados por un voluntario 'eterno retorno' al ambiente rural de pazo—, Rafael Dieste era hombre de villa marinera, al igual que otros escritores rianxeiros como Castelao y Manuel Antonio —coetáneos de Dieste— o Pai Gómez Chariño, el poeta-almirante, siete siglos atrás. Y el mar estaba presente inevitablemente en su obra literaria pero no sólo como un simple marco a modo de *locus amoenus*, sino en la marca de sus personajes. Y también está presente en sus cartas como símbolo del viaje, nexo que a la vez unía y separaba la tierra natal de la ría de Arousa y la tierra —al otro lado del Atlántico— del exilio, americana primero, británica después.

Las cartas de Rafael Dieste —recordemos su circunstancia de gran conversador— trascienden la simple relación con sus corresponsales. De hecho constituyen un 'género de exilio' —en la línea del 'género de ausencia' recogida por Pedro Salinas de Antonio Torquemada, señala Axeitos—. Y del valor de las cartas era consciente Dieste, y por ello las anotaba con vistas a una futurible impresión y las conservaba su mujer, Carmen Muñoz, a quien en alguna ocasión calificó, cariñosamente, como 'la Archivera'.

Las primeras cartas son las cruzadas con Manuel Antonio. Casi desde el primer momento (abril de 1921) aparecen las divergencias entre ambos en lo que Dieste llamaba *nazonalismo lingoísta*, a pesar de las coincidencias que señalaba en relación al federalismo,

al galleguismo y al anticaciquismo. Pero, ya entonces proclamaba su oposición al aislamiento de Galicia y su favor para que, en clave regeneracionista, fuese la "cooperadora da gran aventura española". Dieste prefería, en relación a sus paisanos, formar hombres (leamos personas) antes que formar gallegos, aunque esa reserva no le impidiese diagnosticar —como le escribía, de regreso a Galicia en 1933, a su hermano Eduardo en 1933— que "ser gallego en Galicia no es llegar a serlo con entera plenitud", sino que es en la ausencia de su tierra cuando el gallego se siente plenamente como tal.

Antes del estallido de la guerra civil, las cartas de Dieste se agrupan en tres bloques: servicio militar en África (el desastre de Annual lo prolongó), recorrido con las Misiones Pedagógicas (en el curso de las cuales conoció a Carmen Muñoz) y viaje por Europa, becado por la Junta de Ampliación de Estudios. Tiempos de optimismo y de atento seguimiento de cuanto ocurre en la cultura española, dejando las señas de las estafetas de correos europeas —como Pulgarcito las piedrecitas— para ir recogiendo luego las noticias y las revistas que le enviaban.

Las cartas se hacen más espaciadas durante los años de la guerra (en Valencia y en Barcelona), todas a sus hermanos excepto una al hispanista norteamericano Waldo Frank. Jamás cae Dieste en el pesimismo —sigue dando empuje a proyectos culturales de resistencia— ni siquiera cuando ya se encontraba en el campo de Sant Ciprià, a pesar de estar separado de su mujer, hospitalizada en París a consecuencia del bombardeo de Figueres. Su máxima concesión era resignada aunque sin perder la dignidad y así lo escribía el 20 de febrero de 1939: "Bueno, Carmen, esto ha terminado y los dos somos ahora más sencillos y acaso valemos más que antes. Sabemos aceptar la muerte sin rebeldía y ver nuestros dolores fundidos con los de nuestra España. Al pasar la frontera me encontré de pronto llorando por no sé qué". Pero en seguida vuelve a nuevos proyectos, si consiguiera salir del campo —salida que se produjo en marzo—, para sí y para su mujer, en Holanda y en Argentina.

Y en la ausencia de Carmen, las cartas que le envía son de amor, de un amor maduro, con una frecuencia casi diaria. Dieste reside en Poitiers, en la casa del escritor Claude Bloch, desde donde gestiona los papeles necesarios para pasar por París a recoger a Carmen, de camino hacia Holanda para embarcar

rumbo al Uruguay y la Argentina. Hace balance de la precaria, si bien no desesperada, situación económica y de vestuario, aunque sin abandonar la amenidad.

El matrimonio consigue reunirse y parten hacia Rotterdam para embarcar. Han pasado tres meses desde la última carta de Poitiers. Retrasan una semana el embarco pues el buque para el que tenían pasaje hacía escala en Las Palmas y el capitán no les podía garantizar seguridad ante la policía española. Luego de un mes en Montevideo, llegan a Buenos Aires, donde reciben muestras de solidaridad y afecto. La mayoría de las cartas que Rafael escribe van destinadas a sus hermanos Enrique y Eduardo, residentes en Montevideo. No tarda en empezar nuevos proyectos, recuperado en seguida el optimismo, tanto como para cavilar fórmulas matemáticas (la del ratón que roía el queso con cálculo decimal). Optimismo que no se perdía incluso cuando la mala letra del funcionario de Inmigración había convertido el apellido Dieste en Oreste, "de ahí que la consabida odisea, haya venido a parar en orestiada".

Y con los primeros calores de enero de 1941, Rafael Dieste se reconcilia con el mar: "(...) El mar es, sin duda alguna, el mar", le escribía su hermano Enrique. Y aquel año empieza a conocer a algunos jóvenes escritores argentinos, como Bioy Casares. Y bien pronto, en un pequeño auto que incluye en una carta a su hermano Enrique, aparece Félix Muriel ("un ser melancólico y amable que conocí junto a una estatua en un parque de París"), que protagonizará un primer cuento en 1942 para dar título, al año siguiente, a *Historias e invenciones de...*, si bien ya había aparecido, como seudónimo de Dieste, en algún artículo de *Nova Galiza*.

En 1947 escribe a su hermano mayor y padrino, Antonio, que residía en México desde hacía treinta y tantos años. Sorprende, hasta cierto punto, este silencio entre ambos hermanos durante más de diez años. Rafael, luego de recordarle una carta que recibió en Madrid al poco de volver de Europa y justo antes de estallar la guerra, le cuenta cómo huyeron de España, la odisea de Rafael en el campo de concentración y de Carmen en el hospital, la marcha hacia Holanda y Argentina. Y por primera vez en una carta, Rafael despotrica de Franco, pero no lo hace en términos políticos sino por considerar una estupidez que se fuera franquista por razones religiosas.

Los años van pasando y Dieste tiene cierto acomodo en Buenos Aires (trabajo, conferencias, amistades —entre ellas, reencontrada, la de Castelao—) pero de las cartas que escribe no trasciende una relación fluida con los centros gallegos, buena parte de cuyos dirigentes apoyaban al régimen franquista. A esto se añadió, en 1948, la presión del peronismo contra los intelectuales exilados, lo cual llevaría a Dieste a proyectar un viaje por Europa, regresar al Uruguay y luego “ya veremos”. En la primavera de 1949 los Dieste están en París, en donde se reúnen con los pintores gallegos —también exilados en Buenos Aires— Luís Seoane (y su esposa) y Manuel Colmeiro. Rafael Dieste estaba pensionado por el gobierno uruguayo para elaborar un informe, con el objeto de adquirir obras de arte europeas. Hicieron esta gira por Italia, Francia, Bélgica y Holanda acompañados por sus amigos Esther y Alfredo de Cáceres. En Londres Dieste colaboró con los programas en gallego de la BBC y recibió una oferta —que aceptó— para trabajar como lector de literatura española en Cambridge.

Carmen Muñoz aprovechó el viaje para regresar unas semanas a España. La nueva ausencia dio lugar a un nuevo lote de cartas de amor. A través de Carmen, Rafael siente más cerca la presencia de Galicia. En 1950 estableció relación con Verdevoye, influyente crítico francés. Y escribe a Galicia, a Marcial Romero, herrero de Rianxo y antiguo compañero de aventuras teatrales, a quien Carmen había visitado. Esa carta —que parece ser de respuesta— es de las más bellas de Dieste, recordando el mar y el teatro, dos de sus grandes pasiones. Mientras, a la espera de ir a Cambridge, pasan una temporada en Cagnes, en el sur de Francia. Y el cordón umbilical con Galicia se rehace cuando Aquilino Iglesia Alvariño —notable poeta en gallego— le propone como miembro de la Real Academia Gallega, y le escriben Otero Espasandín, Francisco Fernández del Riego, Domingo García Sabell, Carlos Maside. De Fernández del Riego comenta su manual *Historia da Literatura Galega*, diciendo que le sugeriría los nombres de algunos *outsiders*, no especialmente galleguistas pero sí profundamente gallegos.

Acabada la estancia en Cambridge, los Dieste van a México, donde Rafael había sido contratado por una institución universitaria de Monterrey. La estancia mexicana les es grata, a despecho de “ciertos grupos oficialistas y nacionalistas, muy prestos al recelo y a la agresión más fulminante”, escribía a

Esther de Cáceres en agosto de 1954. A finales de este año Rafael regresa a Buenos Aires y Carmen permanece en Monterrey por razones profesionales. Esta tercera separación motivará un tercer bloque de cartas amorosas. Rechaza una oferta para volver al Tecnológico de Monterrey. Reunida la pareja de nuevo, apenas pasan dos años cuando empiezan a sopesar el definitivo retorno a Galicia, y así lo va comunicando a hermanos y amigos, e iniciando algunos trámites con un abogado amigo de Rianxo.

En septiembre de 1961 estaban de regreso a España, desembarcando en Vigo para ir, luego de un tour de urgencia por Galicia, a las tierras de Carmen, en el Jerte, y luego a Madrid y regreso a Rianxo. Necesidad de acomodarse a la España de entonces, de la que Dieste, sin embargo, no se queja, antes al contrario: Galicia y Extremadura le parecen maravillosas. Se reencuentra con antiguos amigos de juventud, entre ellos Ramón Otero Pedrayo. Las cartas son ahora hacia América, donde quedaron familiares y amigos exiliados y de nueva factura.

Entre los amigos que reencuentra en Galicia está Isaac Díaz Pardo, compañero de exilio años atrás, escritor, pintor e impulsor del complejo Ediciós do Castro y Cerámicas de Sargadelos. Mantiene relación epistolar con un geómetra húngaro, Arpcid Szabó, para tener argumentos ante un posible plagio que, de una teoría de Dieste, habría cometido un matemático argentino. También recupera la relación con Gil Albert, compañero de *Hora de España*, regresado a Valencia, con quien no se reencontraría físicamente hasta 1979, según le escribió a Sánchez Barbudo.

Dieste contacta con diversas editoriales para ver de publicar algún libro, con éxito desigual. Y conforme van estando más instalados en España (Rianxo y Madrid) más cerca se sienten de América, le escribía a Gabriel Zaid, antiguo alumno de Monterrey: “La explicación de este misterio (...) no creo que pueda confinarse en límites autobiográficos”. No se conforma con el simple devenir y, por ello, escribió a Otero Pedrayo con la propuesta —iniciada por Filgueira Valverde—, de restituir, ni que fuera simbólicamente, a las hermanas de Castelao el importe de la multa, impuesta a éste, que hubieron de afrontar en el año 1936, y por extensión arreglar el tema de los derechos de autor.

En 1968 Rafael Dieste ingresa en la Academia Gallega. Empieza a ser historia, prueba de lo cual es el interés de diversos estudiosos (F. Caudet, J. Lechner) en conocer la experiencia de *Hora de España* y los años anteriores a la guerra civil. Con Caudet habla de sus posibles memorias, en 1973: "¡Quién sabe! Quizá surjan de pronto, aunque más bien de modo marginal y fragmentario, cuando tenga sosiego —o lo tengamos Carmen y yo— para ordenar epistolarios, notas dispersas y de varia índole. Los recuerdos se enredan como las cerezas, y tirando de unos se actualizan otros".

Y aparecen más recuerdos de los años de la República en una carta de 1976 a Manuel Aznar Soler, editor años después de un libro de homenaje a Dieste. Y entre los amigos que con el tiempo va recuperando, está Eugenio F. Granell. Con él reflexiona sobre su carácter de "rompedor" hasta que apareció Carmen, quien en alguna ocasión había salvado originales de Rafael —copiándolos— antes que éste los enviara al fuego.

En 1978 muere su hermano Manuel, el quinto que fallecía (después de Antonio, Eladio, Eduardo y Enrique), y Rafael reflexiona sobre la propia muerte: "Ya están juntos, y acaso esperándome". En aquel año aparece, también por primera vez en sus cartas, una referencia a la situación política española: "(...) Mañana tendrá lugar el tan pregonado Referendum sobre la Constitución (¡Votamos Sí, naturalmente!)". Y van muriendo los amigos: Ramón Varela, Luís Seoane, Luis M. Baudizzone —de Buenos Aires—, Fernández G. Armesto, Darío Álvarez Blázquez. "É unha racha inqueda, aínda que pra min moito máis fondo que a inquedanza —si se sente medo— é o sentimento da soedade, verdadeira orfandade, en que nos deixan".

Por problemas en la vista, Dieste empezó a dictar las cartas a Carmen aunque mantenía una gran vitalidad, reflejada en su correspondencia. En carta a Saúl Dieste se refería al proceso autonómico gallego, dibujando un acertadísimo diagnóstico de la política gallega del momento, especialmente en lo referente al nacionalismo radical. Escribía a su sobrino Eladio, la última que dictó, y mantenía la vitalidad de siempre: "(...) queda mucho por decir. Por ejemplo, algo sobre mi progresiva recuperación visual (...).

Tengo que decretar sin más el punto final, acompañado de recuerdos a todos y un gran abrazo para los dos de Rafael".

Palabras que resultarían premonitorias éstas del punto final. Pocos días después falleció a consecuencia de un accidente fortuito. Esa carta cerraba un espléndido epistolario de casi seiscientas cartas, profundas, animosas, extensas y amenas, casi nunca de circunstancias. Pero a riesgo de especular —que el cuidado de Rafael y Carmen aminora— también conviene anotar las ausencias. Y entre ellas, quizá la más destacada —aunque no por ello sorprendente— sea la ausencia a cualquier referencia, directa o indirecta, a Vicente Risco, inspirador y director de la revista *Nós* (1920-1935) y gurú del nacionalismo político y cultural de aquellos años. Y aunque el tiempo todo lo cura, quizás esto no sería ajeno a alguno de los silencios a que alguien condenó a Rafael Dieste.

Joaquim Ventura

Nota

* Parece ser que este libro de cuentos surgió de una especie de apuesta, cruzada con Luís Seoane, pintor y editor gallego, en el Café Tortoni, punto de encuentro —y de seguimiento de la Guerra Mundial— de los galleguistas antifranquistas. Seoane le habría dicho a Dieste que había de escribir un libro para una nueva editorial. Dieste habría recogido el guante y, con una frecuencia semanal, habría llevado cada uno de los cuentos a la tertulia del Tortoni.